distribuyendo diplomas de valer ó de mediocridad.

Lo cierto es, sin embargo, que la literatura es sólo para los literatos, como las matemáticas son sólo para los matemáticos y la química para los químicos. Así como en religión sólo valen las fes puras, en arte sólo valen las opiniones de conciencia, y para tener una concienzuda opinión artística, es necesario ser un artista.

¿Ha tenido que luchar Eugenio de Castro? Indudablemente, sí. No conozco los detalles de su campaña intelectual, pero no impunemente se llega á tan justa gloria á su edad, ni se producen tan admirables poemas. La gloria suya, la que debe satisfacer su alma de excepción, no es por cierto la ciega y panúrgica fama popular, tan lisonjera con las medianías; es la gloria de ser comprendido por aquellos que pueden comprenderle, es la gloria en la comunidad de los «aristos.» Su nombre no resuena sino desde hace poco tiempo en el mundo de los nuevos. Su «Oaristos» apareció hace apenas seis años. Después se sucedieron «Horas,» «Sylva,» «Interlunios.» No he leído sus obras sino después que conocía al poeta por la crítica de Italia y Francia. Abonado por Renny de Gourmont y Vittorio Pica, encontró abiertas de par en par las puertas de mi espíritu. Leí sus versos. Desde el primer momento reconocí su iniciación en el nuevo sacerdocio estético, y la influencia de maestros como Verlaine. Y en veces su voz era tan semejante á la voz verleniana, que junté en mi imaginación el recuerdo de de Castro, al del amado y malogrado Julián del Casal, un cubano que era por cierto el hijo espiritual de «Pauvre Lelian.» Eran versos de la carne y versos del alma, versos caldeados de pasión, ó de fe; ya reflejos de la roja hoguera swinborniana ó de los incensarios y cirios de «Sagesse.»

Oid:

«Tu frialdad acrece mi deseo: cierro los ojos para olvidarte y cuanto más procuro no verte, cuanto más cierro los ojos, más te veo.

Humildemente tras de tí sigo, humildemente, sin convencerte, cuanto siento por mí crecer el gélido cortejo de tus desdenes.

Sé que jamás te poseeré, sé que «otro» feliz venturoso como un rey abrazará tu virginal cuerpo en flor.

Mi corazón entretanto no se detiene: aman á medias los que aman con esperanza;—amar sin esperanza es el verdadero amor.»

Ya en «Horas» el tono cambia.

«No perpetuemos el dolor, seamos castos de una castidad elevada. Tú como Inés, la santa de los tupidos cabellos, yo como el purísimo San Luis Gonzaga.

La Pureza conviene á almas como las nuestras, las mucosas tientan solamente á las almas vulgares, la sonrisa con que me encantas sea rosa mística! y sean las miradas tuyas el argentino «pax tecum.»

No son ya tus graciles gracias de doncella las que me cautivan. Del Arcángel la espada reluciente decapitó á la Lujuria que hiere y que hiela: lo que adoro es tu corazón.»

. . . . . .

Después llegó á mis manos, en el «Mercure de France,» un poema simbólico y extraño, de un sentimiento profundamente pagano, hondo y audaz. «Sagramor» y «Belkiss» me hechizaron luego.

«Sagramor» comienza en prosa, en la prosa musical y artística de de Castro. Sagramor es un pastor al principio. Luego, caballero, recorrerá todas las cimas de la vida, en busca de la felicidad. Goza del amor, de las grandezas mundanas, de la variedad de paisajes y cielos, de las victorias de la fama: Como un eco del Eclesiastes debía repetirle á cada instante la vanidad de las cosas humanas. ¿Qué le consolará de la desesperanza, cuando ha hallado polvo y ceniza? Ni la ciencia, ni la luz del creyente, ni la voz de la triste Naturaleza. Hay una virgen fiel que podría salvarle y acogerle: la Muerte; pero la Muerte no le abre sus brazos. A través de soberbios episodios, en mágicos versos, desfila una sucesión de visiones y de símbolos que va á parar al obscuro reino de la invencible Desilusión, á la fatal miseria del Tedio. En lo más amargo del desencanto, Sagramor quiere consolarse con el recuerdo de su primera y dulce pasión, Cecilia, que apenas surge un instante, «creatura bella bianco vestita,» y desaparece. Oid las voces que llegan de tanto en tanto, á invitarle al goce de la existencia:

Primera voz

O viandante que estáis llorando, ¿por qué lloras? Ven conmigo; reiremos cantando las horas. Ven, no tardes; yo soy el Amor; quiero dar alas á tus deseos! De lindas bocas, copas en flor, beberás dulces, suaves besos!

Sagramor

¿Besos?... Los besos, hojas vertiginosas, son venenos. Deshojan rosas sobre las bocas, pero abren llagas en el corazón...

Segunda voz

He aquí oro, llénate de oro, toma, no llores... Con los ducados de este tesoro, tendrás palacios, gemas y flores... Mira, ve cuán rubio es el oro y cómo resplandece...

Sagramor

¿Oro?... ¿y para qué? La Felicidad no la vende nadie.

Tercera voz

¿Por qué lanzas tan lamentables quejas, con tan tétrico y angustioso tono? ¡Viajemos! gozaremos bellos días...

Sagramor

El mundo es pequeño. Lo he recorrido ya todo.

Cuarta voz

Soy la Gloria, alegre genio de un radioso país solar... ¡Tú serás el mayor poeta del mundo!

Sagramor

Dicen que el mundo está para concluir...

Quinta voz

Serás un sabio: desde mi albergue verás pronto aclarado todo.

Sagramor

Si hubiera conservado mi ignorancia, no me habría sentido tan desventurado...

Sexta voz

Yo soy la muerte victoriosa, madre del misterio, madre del secreto...

Sagramor

¡Oh, no me toques! ¡Vete! ¡Tengo miedo de tí!

Séptima voz

¡Yo soy la Vida! Ya que el morir te da miedo, te daré mil años.

Sagramor

¡No, Dios mío! ¡No he sufrido yo tantos atroces desengaños!

Muchas voces

¿Quieres los más raros, los más dulces placeres? ¿Quieres ser estrella, quieres ser rey? Responde, ¿Qué quieres?

Sagramor

No sé... No sé...

Un delicado poema suyo:—«La Monja y el Ruiseñor», que dedicó á su amigo el conde Robert

de Montesquiou-Fezensac,—otro exquisito de Francia. Os traduciré fielmente esos preciosos versos.

De los argentinos plátanos á la sombra
La linda monja, que antes fuera princesa,
Deja vagar sus ojos por el paisaje...
Vese el monasterio, á lo lejos, entre las hojas...

Allá, en un balcón que domina las aguas,
Las otras monjas ríen, contemplando
El polífono mar, tan agitado,
Que de las olas los límpidos aljófares
Sobre la tela de los hábitos cintilan,
Dando á aquellas pobrecillas el aspecto
De reinas que se divierten en una boda.

La princesa real, que se hizo monja,
Que una corona trocó por cilicios,
Y las fiestas por la dulce paz del claustro,
Lejos de las compañeras sonrientes
Jamás á las diversiones de ellas se junta.
Cuando no duerme ó reza, su vida
Es vagar por el encierro,
Tan ajena á sí misma, tan suspensa
Cual si las nieblas de un sueño atravesase...

La monja piensa...

Un día, siendo novicia,
Al despertar, sus claros ojos vieron
Cerca de sí un ruiseñor dulcísimo
Que le dijo:

«Soy yo, el alma tuya,
Que esta forma tomé, para, volando,
Recorrer distantes, luminosos países,

Cuyos prodigios mil y mil encantos
Vendré á contarte en las serenas noches...»

Entonces, el ruiseñor batió las alas;
Pero nunca más volvió á su dueña
Que por volverle á ver se desespera,
Sufriendo tanto que, llorosa juzga
Haber tenido quizá dos almas,
Porque, huyendo la una, no sentiría
Tales penas, si no le quedase otra.

Apágase el día...

He aquí que al nacer la luna
Entre las aves que vuelven á sus nidos
A la esbelta monja se acerca un ruiseñor
Mirándola y remirándola, hasta que rompe
En un argentino cantar:

«¿No me conoces?
Soy yo, tu alma... ten paciencia
Si de ti me he apartado por tanto tiempo.
¡Ah! Pero tú no calculas, amiga mía,
Cuán lindas cosas he visto, qué lindas cosas
Traigo que contarte...»

La paz de la noche
Se aterciopela por los tranquilos prados;
Y entonces la monja que en transporte lánguido
Parece oir allí celestes coros,
A la linda monja cuyos ojos mansos
Se van cerrando en mística voluptuosidad,
El airoso ruiseñor cuenta los viajes
Que hizo por las estrellas diamantinas...

¡Oh! ¡qué dulce cantar! Cantar tan lindo
Que el sol nació, subió y en fin, hundióse,

Sin que la monja en su curso reparase,
Toda abstraída al oir el divino canto...
¡Y el canto no termina! Y la luna blanca
De nuevo surge en el aire, de nuevo expira,
Nuevamente el sol brilla y palidece,
Y siempre el canto encanta á la monja.

El canto celestial la va llevando
Por divinos jardines maravillosos
Donde los pálidos ángeles sonrientes,
Con aéreos vestidos de perfumes,
Andan curando heridas mariposas.

Llévala el canto por la vía láctea,
Donde hay floresta, blancas, todas blancas,
Y donde en lagos de leche pasan cisnes
Arrastrando de los serafines extáticos
Las barcas de cristal llenas de lirios...

¡Y el ruiseñor no cesa! Cuenta, cuenta
Maravillas, prodigios, esplendores...
Y la linda monja, al oirlo, sueña, sueña...
Sin comer ni dormir, días y días...
Muere por fin el otoño, llega el invierno,
Cae nieve, el frío corta, mas la monja
Sólo oye al ruiseñor... y nada siente...

Muere el invierno, llega la primavera,
Retorna el verano y pasan meses,
Pasan años, ciclones, tempestades,
¡Y el ruiseñor no cesa! cuenta... canta...
Y la linda monja al oirlo, sueña, sueña...
¡Oh qué delicia aquella! ¡Qué delicia!

De sus compañeras queda apenas
El frío polvo en las frías sepulturas,
Y el fuego destruyó todo el convento

—Y sin embargo, la monja no sabe nada!
Oyendo al ruiseñor no vió el incendio
Ni los dobles oyó que anunciaran
De las otras monjas la distante muerte...

Nuevos años se extinguen...
Una guerra
Tuvo lugar allí, muy cerca de ella,
Que nada oyó ni vió, escuchando el canto:
Ni el funesto estridor de las granadas,
Ni los suspiros vanos de los moribundos,
Ni la sangre que á sus pies iba corriendo...

¡Un día, al fin, el ruiseñor se calló!
De los argentinos plátanos á la sombra
La monja despertó, suavemente
Y murió, como niño que se duerme,
Mientras el ruiseñor volaba, ledo,
Para el país que tanto le deslumbrara...

El ruiseñor había cantado trescientos años...

Si no habéis podido juzgar de la melodía original del verso, de seguro os habrá complacido esa deliciosa fábula. Si os fijáis bien, podréis encontrar que ese ruiseñor es hermano de aquel que oyó el monje de la leyenda; pero confesaréis que ambos pájaros paradisiacos cantan unánimes con igual divina gracia.

Y he aquí que llegamos á la obra principal de Eugenio de Castro, «Belkiss», traducida ya á varios idiomas y celebrada como una verdadera obra maestra.

Léese en el «Libro de los Reyes,» en la parte del reinado de Salomón: «Et ingressa Jerusalem multo cum comitatu, et divitiis, camelis portantibus aromata, et aurum infinitum nimis, et gemmas pretiosas, venit ad regem Salomonen, et locuta est ei

universa quæ habebat in corde suo.» Y más adelante: «Rex autem Salomon, dedit reginæ Saba omnia quæ voluit et petivit ab eo; exceptis his, quæ ultro obtulerat ei numere regio. Quæ reserva est, et abiit in terram suam cum servis suis.» Es esa reina de Saba, la Makheda de la Etiopía de cuya descendencia se gloria el negus Menelik, la Belkiss arábiga. Al solo nombrar á la reina de Saba sentiréis como un soplo perfumado de ungüentos bíblicos, miraréis en vuestra imaginación un espectáculo suntuoso de poderío oriental; tiendas regias, camellos enjaezados de oro, desnudas negras adolescentes con flabeles de plumas de pavos-reales; piedras preciosas y telas de incomparable riqueza. ¡Y bien! Eugenio de Castro ha evocado mágicamente la misteriosa y bella persona. La reina de Saba de Axum y del Hymiar se anima, llena de una vida ardiente, en fabulosas decoraciones, imperiosa de amor, simbólica víctima de una fatalidad irreductible.

Es un poema dialogado, en prosa martillada por un Flaubert nervioso y soñador, y en donde la reminiscencia de Maeterlink queda inundada en un torbellino de luz milagrosa, y en una harmonía musical, cálida y vibrante. Lo pintoresco, las acotaciones, en su elegancia arqueológica nos llevan á recordar ciertas páginas, de «Herodias» ó de la «Tentación de San Antonio.» Belkiss en sus suntuosos triunfos, habrá de padecer después el ineludible dolor. Para que David nazca ella pasará sobre la experiencia y sabiduría de Jophesamin, su mentor ó ayo; y sentirá primero la tempestad de amor en su sexo y en su corazón; y hará el viaje á Jerusalén, entre prodigios y misterios, y sentirá por fin el beso del adorado rey, y temblará cuando contemple bajo sus pies las azucenas sangrientas.

Una sucesión de escenas fastuosas se desarrolla

al eco de una wagneriana orquestación verbal. Puede asegurarse sin temor á equivocación, que los primeros «músicos,» en el sentido pitagórico y en el sentido wagneriano, del arte de la palabra, son hoy Gabriel D' Annunzio y Eugenio de Castro.

Quisiera daros una idea de ese poema—que ha rendido la indiferencia oficial en Portugal,—donde á los 27 años ha sido su autor elegido miembro de la Real academia de Lisboa, y que ha arrancado aplausos fraternales en todos los puntos del globo en que existen cultivadores del arte puro. Mas tendría que ser demasiado profuso, y prefiero aconsejaros, como quien recomienda una especie rara de flor, ó un delicioso licor exótico, que leáis Belkiss, en la versión de Picca, en italiano, que es de todo punto admirable, ó, en el bello librito arcaico impreso en Coimbra por Francisco Franca Amado. Y tened presente que hay que acercarse á nuestro autor con deseo, sinceridad y nobleza estéticas. Os repetiré las palabras del crítico italiano: «Ciertamente, la poesía de Eugenio de Castro es poesía aristocrática, es poesía decadente, y por lo tanto, no puede gustar sino á un público restricto y selecto, que, en los refinamientos de las ideas y de las sensaciones, en la variedad sabia y musical de los ritmos, halla una singular voluptuosidad del espíritu. El común de los lectores, acostumbrados á los azucarados jarabes de los poetitas sentimentales, ó solamente de gusto austero y que no aprecian sino la leche y el vino vigoroso de los autores clásicos, vale más que no acerquen los labios á las ánforas curiosamente arabescadas y pomposamente gemadas de los cantos ya amorosos, ya místicos, ya desesperados del poeta de Coimbra; ya que en ellos está contenido un violento licor que quema y disgusta á quien no está hecho á las fuer-

tes drogas de cierta refinada y excepcional literatura modernísima.»

Se trata, pues, de un «raro.» Y será asombro curioso el de aquellos que lean á Eugenio de Castro con la preocupación de moda de los que creen que toda obra simbolista es un pozo de sombra. «Belkiss», está lleno de luz.

Señores: He concluído esta conferencia sobre el poeta Eugenio de Castro y la literatura portuguesa.

FIN